

LA POLITICA  
DE TOLERANCIA FAVORECE EL SURGIMIENTO  
DE OPINIONES CRITICAS

# URSS: LOS DISIDENTENTES

El científico soviético de fama mundial Andrei Sajarov ha recibido en su casa de Moscú a los periodistas occidentales —algunos de ellos habían acudido a la URSS para asistir a los Juegos Olímpicos Universitarios— para hacerles unas declaraciones insólitas. Sajarov se pronuncia en ellas contra la coexistencia pacífica y contra la apertura hacia su propio país por parte de los países occidentales. Considera que es un asunto «muy peligroso» mientras no esté correspondido por un movimiento político interior, «alguna democratización de la vida soviética, alguna reducción del aislamiento de la URSS con respecto al mundo exterior».

Lo insólito de esta declaración no es tanto su contenido, sino el mismo hecho de que se haya producido, y aun dentro de Moscú. Tampoco es aislada. En Londres, el especialista en gerontología Zhores Medvedev —gerontólogo— está hablando de manera parecida. El 8 de agosto le fue comunicado que se le privaba de su nacionalidad soviética, y ha protestado en una carta a la Embajada soviética por lo que considera una medida «absurda», al mismo tiempo que anuncia que regresará a la URSS le cueste lo que le cueste. Mientras, su hermano mantiene en la URSS que la libertad de prensa, las elecciones democráticas y otros derechos individuales no son opuestos a la letra ni al espíritu del marxismo-leninismo. Roy y Medvedev es comunista; es uno de los mejores teóricos, y sus ideas están expuestas en el «Libro de la democracia socialista», de amplia difusión.

## Las dos vías

En Occidente, como parece lógico, estas opiniones se explotan con abundancia; se publican, se destacan, se comentan. Una de las explicaciones que se dan es la de que en la realidad, a pesar de su contenido acusatorio, están demostrando una nueva política soviética inversa: la de la tolerancia. Por el hecho de permitirse sin grandes represalias —Zhores Medvedev ha sido privado de la nacionalidad soviética, pero previamente había sido autorizado a marcharse al extranjero— parecen ya prueba de una tolerancia. La URSS, al presentarse a la nue-

va fase de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa que ha de abrirse en septiembre, podrá decir que está cumpliendo las normas de libertad de circulación de ideas y de «permeabilidad de fronteras», que fueron establecidas y aceptadas en la primera fase.

Otra interpretación es la de la «lucha por el poder». Habría en el Kremlin personas dispuestas a una correspondencia mayor en la apertura interior y la exterior —quizá el propio Brejnev— opuesta a un grupo más conservador, más antiguo, más stalinista; la preponderancia de aquéllos en este momento favorecería la expresión de las disidencias.

Una tercera opinión sostiene todo lo contrario: que es precisamente la fracción dura la que está tolerando la oposición para culpar a la blanda, para enfrentarla con las consecuencias de su aperturismo, y que en un momento dado tendría una reacción fuerte en la que caerían no solamente los intelectuales, sino quienes les sostienen desde el partido y desde el poder. Esta última es la teoría favorita de los grupos occidentales más cerrados y más antisoviéticos, como los que tienen sus centros de propaganda en Viena y en Berlín, para utilizarlas en favor de la reserva, de la dureza, del antiaperturismo.

La disidencia soviética tiene dos vías bastante señaladas. Una es la que expresa su oposición desde dentro mismo del comunismo, desde la teoría marxista-leninista, como la de Roy Medvedev; el sistema de la URSS sería para ellos una corrupción del marxismo, una impostura realizada a partir de la época de Stalin, quizá como necesidad de responder a las amenazas exteriores, pero que en ningún caso tiene razón de existir. La otra vía es anticomunista, y tiende a creer que la falta de libertades individuales es consecuencia inevitable del sistema. Por otra parte, aunque participando alternativamente de estas dos teorías, están los «rusistas»: aquellos que creen que lo importante es el alma rusa y su cultura y su civilización, y manteniéndolas o sacándolas a flote el país cambiará.

## El «Informe Sajarov»

Sajarov es un ejemplo del cambio de la primera vía a la segun-

da. Su primer escrito, el famoso «Informe Sajarov» —TRIUNFO lo publicó en 1968 (número 323, 10 agosto)—, contenía gran parte de las ideas que luego desarrollaría el teórico Medvedev. Ciudadano de enorme peso en la vida soviética —se le llamaba «el padre de la bomba de hidrógeno»—, comenzó desde dentro mismo del régimen las críticas contra él, y el informe estaba dirigido al Gobierno.

Consideraba entonces que el marxismo-leninismo estaba por encima de todos los otros sistemas políticos conocidos, y que su relación con los países occidentales no podía hacer más que demostrarlo; pero ese sistema estaba en peligro de anquilosarse por su cierre sobre sí mismo, su falta de contactos. Dentro del país debería haber libertad absoluta de opiniones y de expresión. Veía todo ello desde un punto de vista científico: la ciencia no es ni puede ser dogmática, sino que del contraste de opiniones y de investigaciones entre científicos que se comuniquen libre y abiertamente sus resultados individuales puede surgir el gran descubrimiento. En la vida diaria y en la vida política, las cosas no tienen por qué ser distintas.

En cinco años, Sarajov ha modificado fuertemente sus posiciones hasta salirse del sistema. En las declaraciones a la televisión succe ha hecho muy recientemente, Sajarov ha comenzado a definirse más como liberal que como socialista, y a considerar que el socialismo en la forma actual de la URSS se emparenta mucho con el capitalismo: un capitalismo de Estado. Incluso ha comenzado a criticar la teoría marxista, cuando antes sólo criticaba la práctica en la URSS. La conferencia de prensa a los periodistas occidentales le sitúa aún más allá, en el extremo de pedir un nuevo bloqueo extranjero para su país.

Se suma así a los que sostienen que el marxismo-leninismo es inválido por sí, como fue el caso de Sinyavski y Daniel, o como la de Amalrik, que definía su posición respecto al régimen con una frase tomada de un escritor holandés que se refería a la Iglesia de Roma: «Una firma con la cual hemos cesado hace mucho tiem-

po de tener negocios espirituales».

## El «caso Soljenitsin»

Probablemente el más arduo defensor de esa línea es Soljenitsin, el novelista tan apreciado en el extranjero después de su disidencia que se le ha premiado con el Nobel —como ocurrió con su precursor, Pasternak—; puede considerarse entre los «rusistas». En su libro —publicado en España el año pasado— «Agosto 14» tiene una especie de gusto por retratar la historia de su país en un sentido determinado: Rusia podía haber ganado la guerra de 1914 de no haber mediado la insurrección, y el comunismo en ese caso no se habría producido. Tesis más bien incongruentes, porque la guerra de 1914 no fue más que un motor para que estallase una revolución pendiente muchos años atrás entre el zarismo y el pueblo, y en ningún caso era previsible la perpetuación del régimen de los zares cuya crueldad antigua y sostenida tenía características absolutamente indeseables (véase «Memorias de un revolucionario», del príncipe Kropotkin, que acaba de publicarse en España).

Soljenitsin vive y escribe ahora en las afueras de Moscú, pero no tiene permiso de residencia en la capital, que es donde vive su segunda esposa. Fue durante algún tiempo residente en la casa del famoso violencelista Rostropovich, que también está en la línea de la disidencia.

Ahora, el 21 de agosto, ha escrito una carta al gobierno —cuya copia ha comunicado a la prensa extranjera— protestando de que no le den permiso para entrar en Moscú: «Soy libre de vivir donde lo crea necesario. Nadie, ni siquiera las más altas autoridades, tienen derecho de propietario sobre mí que les permita separarme de mi familia. Aprovecho esta ocasión de recordar a ustedes que el tiempo de los siervos ha terminado en nuestro país hace ciento doce años, y que la revolución de octubre, como se dice, ha barrido los últimos vestigios. No puedo comprender qué consideraciones legales o humanas pueden motivar que a un marido





Soljenitsín, un «rusista».

se le impida vivir con su mujer y a un padre con sus hijos; no lo comprendería si no tuviese una larga experiencia de que ni una ni otra de estas consideraciones existen en nuestro país».

No son, repitámoslo, estas protestas o estas posiciones las que más llaman la atención de los observadores de la política soviética, sino el hecho de que existan. La realidad es que las obras de los autores prohibidos circulan en ediciones clandestinas o en multicopistas hasta tal punto de que nadie realmente interesado en ellas las ignora, como circula la famosa «Crónica de los acontecimientos actuales», que lleva ya publicados 28 números clandestinos, o los libros editados en el extranjero con falsos pies de imprenta soviéticos, que entran con gran profusión en el país.

La idea de que la policía soviética es la más eficaz del mundo y que la represión contra cualquier disidencia es implacable, no concuerda con esta situación de hecho. Es lo que hace pensar que hay una tolerancia y que esta tolerancia tiene unos fines determinados: bien la de poder mostrarla en la conferencia de Helsinki,

bien la de continuar abriendo un camino que se inauguró con la destalinización y que tiene sus altos y sus bajos, pero que parece claramente emprendido. Hace unos años nadie podría imaginarse que Soljenitsín o Sajarov podrían hablar con tanta libertad desde sus propias casas de Moscú. En tiempos de Stalin, ni se habría llegado a conocer su existencia fuera del país.

Sin embargo, oficialmente estas disidencias continúan explicándose como maquinaciones de los servicios secretos de países como Estados Unidos o como Alemania (ahora se dice solamente «desde el exterior») y sostenidas por el dinero zarista que continúan manejando las organizaciones exiladas. Hay en estos momentos un proceso en puertas, el de Yakir y Krasin. Será interesante ver lo que ocurre en él y cuál es el destino de los dos acusados de distribuir propaganda ilegal elaborada en el extranjero; de lo que se diga en ese juicio y de la sentencia podrán deducirse quizá cuáles van a ser los próximos pasos del gobierno soviético con respecto a la gobernación de su país.

■ JUAN ALDEBARAN.

## ECOLOGIA

### LOS DOS PROBLEMAS DE HOY

No escapa a casi nadie, ni a los propios biólogos, que la palabra ecología ha dejado de pertenecerles en exclusiva; ha abandonado las fronteras del léxico del especialista y se ha incorporado al lenguaje popular, con la consiguiente disminución de su precisión en favor de un aumento de su aplicación. Acuñada en un principio por el naturalista alemán Ernst Haeckel en 1870, como ciencia biológica del estudio de las relaciones de los seres vivos entre sí y con el medio ambiente, en un intento por proporcionar solidez científica a la antigua historia natural, es hoy «utilizada» y encontrada en seminarios, noticiarios, mesas redondas, discursos, propaganda publicitaria y promesas políticas. El fenómeno, de sobra conocido es interpretable desde varios puntos de vista, pero se puede intentar explicarlo aludiendo a dos causas: la primera, altruista; la segunda, nociva. De un lado, la entrada en España, con retraso considerable, del movimiento mundial que se alzó en favor de la defensa del entorno natural, provocó la adhesión inmediata de grupos entusiastas que tomaron sobre sí la tarea de sensibilizar al país. Otros sectores, en cambio, apreciaron esa masividad de un modo bien distinto, más utilitarista y oportunísticamente.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero no es mi intención estudiar aquí el complejo fenómeno sociológico de la repentina toma de conciencia del hombre hacia estos problemas que, por otra parte, no son nuevos, aunque alcancen hoy su máxima virulencia. Ni tampoco analizar hechos tan sorprendentes como el de que se haya encontrado en la problemática ecológica un medio de diversión (en el sentido táctico) u ocultación de las causas inmediatas de muchos graves problemas humanos, entre los que se encuentran, paradójicamente, la propia degradación del medio ambiente. De ahí el favorecimiento de la proliferación de asociaciones proecológicas o proteccionistas (en realidad, a veces, protegidas), carentes de fuerza eficaz para combatir de raíz los desmanes ecológicos, sin negar su beneficio como fuentes informativas o de concienciación masiva.

De acuerdo con un dicho común en los Estados Unidos (cito aquí al ecólogo Kormondy), las tres «P» son las grandes amenazas de la Humanidad: Pollution, Population and Poverty, esto es; contaminación, población y pobreza. Las dos primeras entran de lleno en la competencia profesional del ecólogo y las tres le afectan como persona.

La ecología no es, sin embargo, piedra filosofal alguna, mágico exorcismo contra los intereses particulares o el desarrollo mal planteado. (A nivel personal, los ecólogos están hartos de oír hablar de degradación del medio ambiente como un mal inevitable [?] ligado al progreso [?] industrial y al incremento demográfico.) La ecología es simplemente una rama científica interdisciplinaria como casi toda la biología moderna. Hablar de contaminación, de crecimiento de la población, de desaparición de especies, no es hablar de ecología o en ecología; es simplemente denunciar problemas que competen a la misma, dado su objeto de estudio, por lo cual es la encargada de suministrar base científica a los programas de lucha contra estas cuestiones que afectan a la calidad misma de la vida. La ecología es tan aséptica y libre de partidismos como lo pueda ser la etología —la otra rama polémica de la biología— o cualquier otra ciencia; pero es evidente que, tanto una como otra, pueden ser «utilizadas», porque ambas pueden decir muchas cosas al hombre de hoy.

La ecología tiene, por tanto, planteados dos problemas: el evitar y denunciar su manipulación con otros fines que no sean en defensa de esos naturales y comunes, y el más estrictamente profesional de la resolución del desastre ecológico. Los dos están íntimamente relacionados; el pesimismo me alcanza en ambos. ¿Los ecólogos tienen la palabra? ■ FERNANDO PARRA.

